

# Tradición y palabra: el santo oficio de la memoria (la historia de vida y el método biográfico)\*

***Tradition and Word: the Holy Craft of the Memory.  
(The History of Life and the Biographical Method)***

**Álvaro Acevedo Tarazona**

Referencia para citar este artículo: ACEVEDO TARAZONA, A. (2013). "Tradición y palabra: el santo, oficio de la memoria (la historia de vida y el método biográfico)" En: *Revista Guillermo de Ockham* 11(2). pp. 137-147.

## Resumen

En el presente artículo se muestra cómo y por qué la historia de vida y la biografía pueden constituir un método de reconstrucción de la historia mediante el aprovechamiento de la tradición oral y la memoria colectiva e individual. Para esta reflexión, se han tenido en cuenta los trabajos clásicos de Ricoeur, Halbwachs, Tuñón de Lara y Deslauriers, los cuales hacen énfasis en la importancia de la memoria no solo como forma de recordar sino también como proyecto de olvido; y aún más, como forma de reconstrucción de una nueva perspectiva de vida.

**Palabras clave:** tradición, oral, historia, vida, biografía, teoría, metodología.

## Abstract

*This article shows how and why life history and biography can constitute a method of reconstruction of the history through the use of oral tradition and the collective and individual memory. We have considered the researches and reflections of authors as Ricoeur, Halbwachs, Tunon de Lara, Deslauriers. These authors indicate that the memory is more than recollections, since the memory is formed so by the oblivion as by the project of life too.*

• Fecha de recepción del artículo: 10-06-2013 • Fecha de aceptación: 26-08-2013

**ÁLVARO ACEVEDO TARAZONA.** Doctor en Historia por la Universidad de Huelva, España. Profesor Titular de la Universidad Industrial de Santander, Colombia. Director del grupo de investigación Políticas, sociabilidades y representaciones histórico-educativas (PSORHE). Asesor de Conaces, Ministerio de Educación Nacional, sala de humanidades, ciencias sociales y educación y miembro correspondiente de la Academia de Historia de Santander. Correo electrónico: tarazona20@gmail.com

\* Revisión de tema que hace parte del proyecto de investigación "Memoria del movimiento estudiantil en Colombia", financiado por la Universidad Industrial de Santander y el Banco de la República. Código: CH2010-1. Fecha de inicio: octubre de 2012. Fecha de finalización: julio de 2014.

**Keywords:** *oral tradition, personal history, biography, theory, methodology.*

## Introducción

La tradición oral empieza en la vida de cada uno cuando en las tertulias familiares se escuchan de labios de las gentes mayores episodios relacionados con la fundación de los poblados y las penas sufridas por los inmigrantes, quienes con dificultad terminaron por quedarse en tierras ajenas. Se afianzan, entonces, en la memoria, las primeras impresiones de la niñez al calor de los relatos de los mayores y sus historias de personajes legendarios o simplemente de la vida cotidiana. Así, surgirían la curiosidad, la admiración y la imaginación, junto con el deseo de registrarlas no solo en la memoria sino en algo que pudiera preservarlas del olvido. Es, entonces, cuando se empiezan a recoger datos, informaciones, anécdotas, coplas, juegos y canciones populares que en su conjunto le dan fisonomía a un pueblo, a una cultura y a una aventura colectiva de grandes dimensiones. Estos testimonios se han recogido en pequeños cuadernos plagados de tachones y untados de la cera que brotaba de las velas de cebo o manchados con el tizne que se desprendía de las lámparas de gasolina o de la fogata a la luz de las cuales se transcribían las vivencias, mundos que no encontraron otra forma de transmisión por la ausencia de medios tecnológicos que permitieran describirlos de una manera más cómoda o fácil, tal como se hace actualmente.

Precisamente, la cuestión que se trata en esta reflexión alude a la importancia de la tradición y la palabra y señalar cómo y por qué la historia de vida y la biografía pueden constituir un método para reconstruir la historia mediante la tradición oral y la memoria colectiva e individual. La memoria es una forma de recordar, pero también es un proyecto de olvido y más aún, una forma de reconstrucción de una nueva perspectiva de vida.

En general, se ha considerado que para llevar a cabo una investigación histórica seria se deben consultar las consabidas fuentes primarias: documentos escritos, periódicos y memorias, entre otros; es decir, la documentación que reposa en múltiples archivos eclesiales, civiles, notariales y privados. Si bien no existe un consenso metodológico al

respecto, esto se determina por los deberes civiles y religiosos en los que se encuentra enmarcada la vida del ser humano. No obstante, en muchas ocasiones y especialmente en los pueblos de provincia esta es una tarea infructuosa y vana, pues el acervo documental ha desaparecido a causa de múltiples factores. Buena parte de esta documentación ha desaparecido en medio de desastres naturales o por incendios y otra se ha extraviado por cambios de lugar en una sorprendente trashumancia. También, y lo que es más grave, por destrucción a manos de empleados interesados en hacer desaparecer pruebas que seguramente no favorecerían ni su honra ni sus intereses económicos. Para el caso colombiano, es poco lo que queda luego de las lamentables depredaciones del tiempo, la incuria, la humedad, el fuego, las plagas, el descuido de sus guardadores y la mala fe de muchos. Además, la poca documentación existente se encuentra, por lo general, en completo desorden, sumida en el polvo y las telarañas y ajada y sucia cuando no rota o mutilada.

Esta situación vivida por muchos investigadores colombianos, se agrava cuando algún medio periodístico informa que autoridades oficiales y eclesiásticas han considerado aquellos “papeles viejos” como basura y ponen en tela de juicio la utilidad de unos documentos que, además de ser fundamentales para la investigación histórica, son el soporte de una conciencia ciudadana y nacional. Ellos exponen el trasegar de una comunidad y hacen parte esencial del registro integrado de nuestro pasado, origen y raíz de nuestro presente. Sin embargo, muchos escritos valiosos terminan arrojados a los basureros públicos, vendidos por arrobas a recicladores de ocasión o incinerados para solucionar cualquier problema locativo, todo lo cual ocurre ante el desdén de alcaldes, tesoreros y párrocos y frente a la mirada despreocupada de personas que por su educación deberían tener una conciencia plena de lo que significan aquellos manuscritos que en forma tan ligera se destruyen.

Desde hace muchos años, no solamente los historiadores sino personas vinculadas a la cultura nacional, han insistido en la necesidad de dictar normas claras y precisas sobre la conservación de estas piezas documentales. A pesar de la existencia de una ley general de archivos y otras normas sobre el particular, el problema continúa no solo por falta de interés, sino también por la carencia de una

conciencia ciudadana que actúe como fiscal atento en el cumplimiento estricto y oportuno de tales normas. De igual manera, la carencia de personal idóneo especialmente de archivistas preparados para clasificar la documentación y catalogar los acervos, aunado a la falta de recursos locativos y a depósitos con condiciones ambientales óptimas para su preservación, hace que lentamente se pierda la memoria histórica del país.

Las dificultades con las que tropieza el historiador frente a la precariedad de los archivos, nos obligan a reflexionar sobre el valor que tiene la tradición oral en la investigación histórica. De hecho, la palabra, la tradición oral, la historia de vida y el método biográfico (testimonial) no solo hacen posible, ante la ausencia de fuentes escritas, la reconstrucción histórica de la fundación de un poblado o la crónica de cualquier evento cotidiano, sino que además pueden enriquecer la historia con anécdotas, hechos regionales, celebraciones de fiestas, narraciones de vida y aventuras de personajes legendarios, entre la infinidad de vicisitudes que se pueden abordar con este método.

Un conocido ejemplo de la utilidad de la tradición oral, según lo señala Santa (2006), lo constituye *La Iliada*. Como se sabe, este libro cumbre de la literatura universal no fue una invención de Homero; todo su contenido lo recogió el insigne poeta de labios de su pueblo, particularmente de los pescadores del Mediterráneo y de los trovadores, quienes le recitaban punto por punto la obra. Durante muchos años se pensó que el maravilloso argumento de la obra era producto de un imaginario sin comparación en la historia de la cultura occidental, propio de un pueblo nómada y conquistador enriquecido por el caminar de los senderos de la geografía humana y por los propios del espíritu y del cual hacían parte la ciudad de Troya y la guerra desatada por el rapto de Helena.

Del mismo modo, los caminos colombianos rebosan de una tradición oral que se refleja en coplas, cuentos, narraciones, leyendas, mitos y canciones populares transmitidos de generación en generación, claros ejemplos de lo que puede representar la tradición oral en la reconstrucción de la historia universal, nacional o regional y cómo se recopila una memoria social que es capaz de cohesionar una comunidad establecida en un espacio físico.

Con el ánimo de evidenciar la importancia de la tradición oral en el método historiográfico, se exponen a continuación dos de sus más claras metodologías: la historia de vida y la biografía (testimonial). Si bien el presente artículo no pretende ser una recopilación metodológica y exhaustiva, sí busca determinar la importancia de la tradición y la palabra como formas de reconstruir memoria e historia.

## Importancia y manejo de la tradición oral

Santa (2006) ha señalado con acierto que la tradición oral es de vital importancia en la historia regional porque es en los pequeños ámbitos locales donde mejor se conservan y transmiten las anécdotas, leyendas, cuentos y aventuras que la configuran y porque es ahí “donde tienen mayor resonancia las actuaciones de sus gentes, de sus líderes naturales, a quienes se conoce de cerca y donde su prestigio o su rechazo se conserva, a veces como patrimonio propio, de sus familias o de las regiones, haciendo parte de un acervo común que, por serlo, afecta el honor, el orgullo y hasta la afrenta de todos sus habitantes y sus descendientes” (pp. 411-412). En consecuencia, debido sin duda a que es posible que algunos de estos relatos sean la base de obras de innegable valor histórico, se puede afirmar que cada una de las regiones colombianas debe poseer un acervo bibliográfico importante basado en esa oralidad colectiva.

Pero la influencia de la tradición oral sobre la historia no acaba en la historiografía regional. De hecho, su influencia se extiende a la mismísima historiografía nacional “máxime ahora que en casi todos los países civilizados se acepta como principio incuestionable que las historias nacionales son en últimas el resultado de la integración de las historias regionales” (Santa, 2006, p. 412). De hecho, para Tuñón de Lara (1984) reconocer que las grandes síntesis históricas solo son posibles gracias a la acumulación sistemática de monografías locales y regionales, constituye uno de los adelantos más significativos de la historiografía contemporánea:

En otros tiempos se creía que las evocaciones del pasado de una ciudad o de una comarca eran cosa del erudito local, sin mayor relevancia. Hoy no; ya no se escriben generalidades, sino verdaderas síntesis

históricas. Y una síntesis no es posible sin apoyarse en una previa elaboración monográfica con base documental. De no ser así, la historia se reduce a la del poder central en cada uno de los niveles. Un especialista en historia regional, el Aragonés Eloy Fernández Clemente, me decía, y con razón que la historia global que pretendemos hacer no es posible hasta que no se hayan realizado suficientes monografías de historia regional (p. 38).

En consecuencia, hoy en día es necesario partir de las historias regionales para conformar la historia nacional. Se debe partir de lo particular/regional a lo general/nacional como mecanismo de integración total de las partes de un país que incorpore toda la información cultural de sus diferentes espacios geográficos. Más adelante, Tuñón de Lara agrega:

Ciertamente, cuando llegue la hora de construir la historia de toda la formación social, se obtendrán de ahí síntesis o aquellos puntos de mayor significación; pero el rigor científico de la gran historia será mucho mayor. Al mismo tiempo, los más cercanos al terruño conocerán mejor su historia, la experiencia local de sus antepasados (p. 39).

Y para reforzar su idea, sobre los nuevos rumbos que ha tomado la historiografía en los últimos años, observa lo siguiente:

Desde hace medio siglo, la historiografía francesa más científica ha partido de la historia regional; la famosa tesis de Gustavo Lefebvre versó sobre *Los campesinos del norte durante la Revolución Francesa*; y ya en 1911, Lucien Lefebvre leyó la suya sobre *Felipe II y el franco-condado*. En nuestros días, la antropología histórica, puesta de moda por Le Roy Ladurie, ha comenzado con un libro de este autor que proyecta luces y matices sobre un pueblecito occitano, Montailou, a fines del siglo XIII (p. 39).

Para el caso colombiano, se han explorado microhistorias especialmente en regiones como el Valle del Cauca, Antioquía, Boyacá y Santander. El análisis de diferentes documentos por parte de las nuevas generaciones de historiadores ha permitido el desarrollo de historias paralelas que versan sobre diferentes temáticas en el mismo espacio geográfico. A partir de estas pequeñas historias, se ha conformado una historia más amplia, al contrario de lo que sucedía hasta hace unos años cuando los historiadores académicos preferían hacer una monografía de cada municipio sin explorar otras

fuentes que no fuesen los documentos oficiales emitidos por las alcaldías y parroquias.

Finalmente, para rematar su tesis el profesor Tuñón de Lara puntualiza:

En contrapartida, no faltan los historiadores tentados por las grandes síntesis internacionales o supranacionales. Sin duda, el progreso científico-técnico y, sobre todo, el de los medios de comunicación y transporte (navíos, aviación, radio, televisión, satélites artificiales para transmisión de imágenes), conjugado con la existencia de un mercado mundial y la necesaria coexistencia de las Naciones-Estado en un entramado de contactos y hasta de instituciones internacionales, explican la necesidad de contar con el conjunto histórico. Pero, una vez más, hay que recordar que en la historia se va de abajo hacia arriba, y que las visiones de conjunto, tan brillantes como carentes de apoyatura, son más ideológicas que científicas (p. 39).

Bajo esta perspectiva, si bien en Colombia no se han desarrollado “grandes síntesis internacionales”, vale la pena señalar que las universidades han elaborado historias comparativas de fenómenos de amplio espectro como la violencia. Un ejemplo de ello es el texto del historiador español Sancho Larrañaga que ha enriquecido esta problemática con el análisis de la violencia en dos áreas geográficas diferentes: España y Colombia, según se constata en su trabajo sobre el ETA y el ELN (Larrañaga, 2003).

Ahora bien, no se desconoce que el tratamiento historiográfico de la tradición oral como fuente de investigación histórica, puede ser un tanto subjetivo y no siempre fidedigno en su argumentación, dado que generalmente los hechos transmitidos por este medio aparecen deformados o magnificados por lo que se ha dado en llamar el “imaginario colectivo”. Por lo anterior, para su análisis hay que proceder con cautela (tal como se procede con los demás géneros de evidencia histórica) y “valorar la información recogida para confrontarla con las otras fuentes y elementos probatorios, separándola de todo aquello que no tenga verosimilitud y no encuadre dentro de las circunstancias de lugar, tiempo y modo, propios del acontecimiento que se investiga” (Santa, 2006, p.413). Por estas razones, es necesario tener en cuenta algunos requisitos adecuadamente resumidos por Santa:

1. Para que un hecho histórico sea transmitido por tradición oral y esta se tome como fuente de una investigación, se requiere que su narración haya salido de boca del protagonista o al menos de uno o varios testigos presenciales cuyos nombres se deben registrar en el escrito, al igual que las circunstancias de lugar, tiempo y modo en que sus versiones fueron emitidas.
2. Cuando el suceso histórico sea de conocimiento público sin que se puedan precisar sus testigos ni se conozca su origen y hagan parte de su narración expresiones como “se dice”, “se comenta”, etc., hay que ser en extremo cautelosos y confrontar con rigor la versión popular con otras pruebas o indicios y hacerlo constar como mera hipótesis o simple rumor sin ninguna comprobación ni respaldo probatorio.
3. El acontecimiento o su versión histórica debe haber sido transmitido por lo menos durante la vigencia de dos generaciones. Se considera que en ese tiempo los hechos divulgados han podido ser desmentidos válidamente por otros testimonios de mayor peso o por el descubrimiento o aporte de pruebas con mayor validez.
4. Los hechos transmitidos oralmente en la forma antes señalada, deben tener plena credibilidad y haber sido confrontados con otras fuentes primarias y secundarias y con el contexto general del problema planteado.
5. En todo caso, la tradición oral así hayan pasado muchos años de haber sido consignada en algún escrito o investigación, está sujeta a examen y ser cotejada con nuevas versiones o pruebas que aparezcan con el trascurso del tiempo. La estabilidad de la tradición oral es siempre relativa y su validez está condicionada a pruebas de mayor credibilidad, especialmente de carácter documental (pp. 413-414).

Con respecto al cuidado que se debe tener con las fuentes de investigación y las pruebas aportadas, vale la pena tener en cuenta las observaciones que, según Santa (2006), hiciera a mediados del siglo pasado Tyrus Hilway (1958) a mediados del siglo pasado en su obra *Introduction to Research*, al afirmar que una “investigación histórica es, en cierta forma, algo similar a una investigación en el campo penal” (p. 174). En este sentido, no cabe duda, dice Santa (2006) de que el “testimonio transmitido por tradición oral debe ser también sometido a la crítica científica” (p. 414) pues en primer lugar, es conveniente considerar la calidad moral y social del

informante, así como analizar las circunstancias en que rindió el testimonio y determinar si en algún momento el mismo protagonista o testigo la invalidó con otra versión. En segundo lugar, hay que caracterizar tanto el lugar donde sucedieron los hechos –si las circunstancias topográficas y locativas lo permiten–, como el contexto histórico que los circunscribieron. En última instancia, se debe evitar que “por la puerta de la tradición oral penetre a la historia lo que solo puede ser un chisme, una calumnia, una suposición, o una conseja” (p. 414).

Por otra parte y en última instancia, este autor señala que es necesario fijar también algunas reservas con respecto a la verosimilitud del acontecimiento que es objeto de la tradición oral. Como se sabe, este tipo de relatos suelen estar cargados tanto de personajes como de situaciones legendarias. Por consiguiente, es imperioso identificar qué aspectos o elementos del relato son reales y no simples leyendas. Para ello, en cuanto a los personajes del relato se refiere, es necesario establecer cuáles tuvieron una existencia real y en lo tocante a las situaciones narradas habrá de establecerse si están o no basadas en hechos históricos, pues la leyenda, como se sabe, suele sustentarse en un hecho deformado denle el tiempo por la imaginación popular o a veces por algún novelista que toma personajes históricos como protagonistas de sus obras. “En verdad –afirma Santa– no se puede desconocer que la historia y la leyenda muchas veces caminan estrechamente unidas, formando una peligrosa simbiosis difícil de desatar” (pp. 415-416). Por ende, serán necesarios todos los esfuerzos posibles para separarlas aunque a veces resulte irrealizable. No obstante, hay que reconocer que “las leyendas populares son importantes y hay tratar de recuperarlas como literatura vernácula de las diferentes regiones y localidades” (pp. 415-416).

## Historia de vida

La historia de vida es la narrativa trascendental de una persona, escrita en un lenguaje que llega a todo público y que incorpora el medio social, su dialéctica y los actores secundarios como parte de una aventura colectiva. Para lograrlo se recurre al habla del protagonista y de quienes lo rodearon: familiares, vecinos, adversarios. En algunos casos, estas voces se incorporan a la del protagonista, lo que se conoce en los trabajos de historia oral como

el método de imputación. Toda investigación cuyo mayor soporte proviene de la fuente oral, requiere que las imágenes se reconstruyan en el grupo y en el medio donde el individuo se desenvuelve tal como lo señalara Halbwachs (2004), quien destaca la importancia del contexto sociohistórico en que se circunscribe toda historia personal<sup>1</sup>. “Los marcos sociales de la memoria son el resultado, la suma, la combinación de los recuerdos individuales de muchos miembros de una sociedad” (p. 42). Sin embargo, la memoria colectiva no conserva el pasado, lo reconstruye, pues trae el pasado al presente, lo cual quiere decir que la memoria colectiva no es enteramente posible como una evidencia empírica. ¿Hasta qué punto el pasado es una ilusión? La pregunta es pertinente si se tiene en cuenta que toda reconstrucción de la memoria está mediatizada por el tiempo de las generaciones y en consecuencia por el olvido. El lenguaje les da vida a los recuerdos y por antonomasia es la función colectiva del pensamiento (ibídem).

Somos lo que hablamos, la lengua es lo que podemos hablar y el habla lo que hablamos (Alonso, 2002). En la tradición oral, el entrevistado o personaje que dialoga está dispuesto a recordar y habla como de hecho él cuenta su vida. “El arte de hablar es el arte de persuadir”, decía Manuel Seco (1989). La claridad en la expresión es un recurso poderoso capaz de mover el mundo. La lengua, el habla no son únicamente un vehículo de comunicación, son el medio para configurar y estructurar las ideas. Los pensamientos y estados de ánimo también se expresan en palabras. En resumen, tal como lo señalara Unamuno, “[...] la lengua no es la envoltura del pensamiento, sino el pensamiento mismo: no es que se piense con palabras [...], sino que se piensan palabras” (citado por Seco, 1989, p. 34).

Sin embargo, como lo anota Gadamer (1998) la palabra al ser arte debe ser descubierta, develada e interpretada al igual que hace el observador de un cuadro en un museo. Es así como el lenguaje en su función de comunicación y representación simbólica presenta una ruptura con la tradición. Para observar y criticar una obra de arte debemos tener algún conocimiento del autor y sus antecesores. De

igual manera, el arte de la argumentación no solo se queda en la adhesión puramente intelectual, sino que busca, muy a menudo, incitar a la acción o por lo menos crear disposición hacia ella.

Sin embargo, como lo que se trata es de convencer, persuadir o seducir a un auditorio, esto debe estar mediado por la relación ética-discurso dado que las falacias pueden estar presentes en cualquier argumento racional. Y son necesarias unas condiciones éticas para una verdadera argumentación: verdad, razón y validación.

La persuasión no puede en verdad distinguirse subjetivamente de la convicción, si el sujeto no presenta la creencia sino como un simple fenómeno de su propio espíritu; pero el ensayo que se hace sobre el entendimiento de los demás, los principios que son válidos para nosotros, para ver si se producen exactamente sobre una razón extraña el mismo efecto que sobre el nuestro; es un medio que, a pesar de ser solamente subjetivo, sirve no solo para producir la convicción, sino también para descubrir el valor particular del juicio, es decir, lo que no es en sí sino simple persuasión (Perelman, 1997, p. 29).

Nos adherimos al pensamiento de Perelman cuando dice que “el retórico no tiene por fin convencer sino agradar... Gracias a la magia del verbo y de la presentación, verdades conocidas independientemente del arte de persuadir” (p. 116).

El lenguaje no es, entonces, pasivo; no es la expresión llana de la realidad. En las significaciones, acuerdos, figuras —como lo señalan Chartier (1996) y otros— el lenguaje produce y construye realidades. El lenguaje no es un simple dispositivo para expresar el pensamiento. Las representaciones sociales, que son la manera como cada cultura o pueblo se asume y comprende en el mundo, no son estáticas sino productoras de lo social. El lenguaje y el habla, son su materia prima y también creadores de lo social y como productos, son la expresión de condiciones materiales y de relaciones de poder.

No todas las palabras son de aire ni van al aire. El lenguaje y las ideas tienen una fuerza liberadora. Al respecto, Rudé (2001) expresaba que: “[...] aprendí que la vida y las acciones de la gente corriente son la esencia de la propia historia

1. En este aspecto hemos preferido las tesis de Maurice Halbwachs y no las de autores contemporáneos, porque su argumento, dada su sencillez, sigue siendo importante puesto que enuncia con la suficiente claridad que el contexto sociohistórico moldea la memoria colectiva y la individual.

y que, si bien los factores ‘materiales’, más que los institucionales o ideológicos son primordiales, las propias ideas se convierten en una ‘fuerza material’ cuando pasan a la conciencia activa del hombre” (p. 102).

Desde otro punto de vista, Chartier (1999) señala que la presencia de una cultura escrita no puede considerarse como el único y absoluto fenómeno que determina el desarrollo de una transformación social puesto que en la historia no han hecho falta casos en los cuales ni la circulación de textos ni la lectura de libros sean incidentes: “[...] me parece que en cada revolución hay que considerar los textos de toda naturaleza como soporte, como instrumento, y, así mismo, que hay prácticas sin discurso o que estas no siempre se vinculan a los discursos” (Chartier, 1999, p. 94). Sin embargo, no se puede despreciar el amplio campo de sentidos que los registros sociales dan al estudio histórico y que la cultura escrita pone en evidencia.

De esta manera, se puede afirmar que los diferentes grupos humanos por medio de prácticas de lectura que van desde la oralidad hasta la conformación de la élite intelectual, se apropian de discursos que en últimas inciden en la manera como representan y transforman su medio social. Chartier (1999) asume el concepto de apropiación a partir de dos perspectivas. La primera parte del pensamiento de Foucault, para quien la apropiación es la toma de posesión de algo; por ejemplo, un discurso y su difusión. La segunda se basa en las diferentes hermenéuticas según las cuales la apropiación es la reelaboración de sentidos que sufre un texto al ser leído por un individuo inmerso en una sociedad. Para Chartier, estos dos enfoques de un mismo concepto se complementan: “[...] el concepto de apropiación, puede mezclar el control y la invención, puede articular la imposición de un sentido y la producción de un sentido nuevo” (p. 91).

Los discursos emergen en los espacios comunes de una sociedad entre los cuales se cuentan los salones de café, las plazas, los parques, etc. Por lo tanto, el investigador debe estar alerta para ubicar a su potencial entrevistado y ante todo recordar que la entrevista es una interacción limitada y especializada, conducida con un fin específico y centrada sobre un asunto particular. Es una especie de conversación que comparte varias características con los intercambios verbales informales pero que

se distingue en varios puntos. En primer lugar, simula una situación en la cual una de las partes es considerada más experta y las convenciones y reglas de conducta son más bien imprecisas. La repetición caracteriza la entrevista de investigación; el investigador es un ignorante que no comprende y desea saberlo todo, por lo que tiene que entusiasmar a la persona a hablar de lo que sabe: él no busca abreviar la conversación, sino alargarla para saber siempre más.

No hay que olvidar que el fin primordial de la entrevista es saber lo que la persona piensa y aprender cosas que no se pueden observar directamente, como los sentimientos, las ideas y las intenciones (Deslauriers, 2004); por lo tanto, se debe establecer una relación afectiva y una búsqueda permanente de información, al decir de Deslauriers: “[...] la historia de vida es una técnica de investigación en la cual el investigador busca comprender el medio social, los procesos sociales a partir de experiencias de una persona, pero también de un grupo o de una organización” (p. 41). La vida del personaje comporta una carga emocional propia de toda comunidad, un proceso histórico y el sentimiento, incluso, de toda una nación: “[...] la historia de vida puede ser definida como un relato que cuenta la experiencia de vida de una persona. Se trata de una obra personal y autobiográfica, estimulada por un investigador de tal manera que el contenido del relato exprese los puntos de vista del autor frente a lo que recuerda de las diferentes situaciones que ha vivido” (ibíd., p. 41).

No obstante, la técnica de la historia de vida se vale de la ficción y de la novela; cuestión en la que se distingue también de la biografía que intenta conocer el desarrollo vital de una persona al hacer énfasis en sus circunstancias y las escogencias y decisiones que ha debido hacer y tomar. La historia de vida utiliza informaciones semejantes, pero con la diferencia de conocer la sociedad y así captar de mejor manera su evolución. Como se dijo anteriormente, el objetivo de la historia de vida es el de comprender la vida social y el despliegue de los grandes procesos sociales a partir de una experiencia individual concreta.

Una pauta que se debe seguir en la elaboración de una historia de vida es preparar hipótesis, formular proposiciones provisionales y plantearse

preguntas a las cuales la historia de vida debe responder. A continuación, plantearse un buen tema de análisis y reflexión, para lo cual el investigador debe hacer que el entrevistado verbalice su experiencia y sus sentimientos; sin embargo, para evitar contratiempos es bueno precisar las intenciones del investigador y lo que piensa obtener de dicha entrevista (consentimiento informado): una tesis de doctorado, un informe de investigación o una crónica, porque algunas historias de vida se representan como largas narraciones centradas sobre la evolución de un personaje y en ocasiones no cuentan con las autorizaciones o permisos por parte del entrevistado. Por supuesto, dentro de la factura de la historia de vida se pueden utilizar otros documentos de apoyo como cartas, fotografías y fragmentos del diario personal que ayuden a conocer más al personaje y su entorno social e histórico. Estos aportes favorecen la construcción de una biografía, por lo que a continuación se esbozará un análisis acerca del método biográfico y se encontrarán las diferencias con la historia de vida.

## Método biográfico

La tarea del método biográfico es dibujar la curva de un destino, tal vez modesto y anónimo. Es un trazo que sigue la tradición o quizá la ruptura de principios y convenciones que se creían inamovibles y hace surgir personajes que rompen con su época y con un medio social a veces hostil intransigente y conservadurista (Dosse, 2007). Sin embargo, no hay que olvidar que el cometido de las historias de vida e incluso de las biografías, es comprender a un ser humano; entender que todo individuo se siente predestinado; vislumbrar que hace parte de una época y de un medio social, amén de no olvidar, por supuesto, que como todo ser tiene deseos, ambiciones y debilidades. Para ello se recurre por lo general a la propia voz del protagonista, a la realidad de una voz literaria que es a la vez ficción de sí misma. Por ello, se señala que todo relato biográfico encierra un sentido bifronte: la ambigüedad de crear imágenes y ser concreto a la vez. El relato está cruzado por una voz de vuelo imaginativo y por otra que es un polo a tierra; por una voz creativa que emerge del protagonista, de los entrevistados; ante otra que se lee entre líneas, silenciosa, invisible, que es la voz del investigador quien ordena los acontecimientos

y recrea una visión del mundo a partir de una experiencia individual y concreta (Dosse, 2007). La idea es incorporar la subjetividad en un relato guiado por la voz de su protagonista, pero sin que los individuos implicados dejen de mostrar las coerciones de la estructura social y la forma idiosincrásica de los universos sociales para de esta manera aportar a la experiencia humana concreta. El testimonio se enriquece a través de múltiples fuentes escritas, estadísticas y orales, con el único fin de explicar los problemas sociales relevantes de esas formas idiosincrásicas. Ello no siempre se logra, puesto que la trayectoria de las experiencias particulares de un individuo necesariamente no plasma o no conduce a mostrar el estado social de una época. Es más bien una tensión entre los particulares y los posibles universales en las ciencias sociales, entre las aproximaciones empíricas y las teorías generalizadoras.

Se hace memoria y se escriben memorias para transmitir un mensaje, afirmar una convicción más allá de la muerte, dar un testimonio, justificarse ante la posteridad cuando se ha sido un hombre público muy importante, o sencillamente, para expresar un sentimiento o despedirse de aquellos a quienes se ama (Aries, 1996). Por lo general, las biografías no pretenden dar respuesta a todos los interrogantes que puedan plantearse sobre la vida de una persona, pero sí buscan dar luz sobre los aspectos por los cuales el personaje resulta importante. Para ello puede recurrirse a los diarios, los cuadernos, las recopilaciones de actividades y momentos importantes o a las autobiografías, fuentes documentales en las que será necesario identificar lo imaginario no para separarlo de lo concreto y verídico, sino para utilizarlo en favor de la investigación. Hoy, como se sabe, los imaginarios sustentan buena parte de las nociones académicas en el campo de la semiótica (Humberto Eco), la antropología (G. Durand), el arte (las vanguardias y el surrealismo) y la historia (caso puntual de los *Annales*). Por esta razón, la precaución que hay que tener con lo imaginario no se refiere a su relación con la objetividad, sino a su utilidad como objeto de estudio en sí mismo.

## Memoria e historia

Toda metodología utilizada para construir un texto historiográfico necesariamente tendrá que



estar basada en la memoria, sea esta oral o escrita, tangible o inmaterial, individual o colectiva. Sin memoria no hay historia, pues es necesario plasmar los recuerdos de alguna forma: una pintura rupestre, un manuscrito, una grabación, etc. La concepción de la memoria propuesta por Halbwachs (2004) se caracteriza por su énfasis en la naturaleza colectiva de la conciencia, enfoque que descuida la manera como la conciencia individual se relaciona con la memoria cultural o colectiva de la cual hace parte y ello conduce a mostrar al individuo como una especie de autómatas que obedece pasivamente a la voluntad colectiva (Fentress y Wickham, 2003). La oposición presentada por Halbwachs diferencia la memoria individual –entendida como memoria clínica o psicológica– de los recuerdos, que estarían apoyados en los marcos de la memoria social. Fentress y Wickham se preguntan, entonces ¿cómo se hace social la memoria individual? Tal proceso, al parecer, se lleva a cabo, cuando los grupos sociales acuerdan una versión del acontecer. Al respecto, Traverso (2007) quien ve en la memoria un conjunto de “representaciones colectivas del pasado tal como se forjan en el presente” (p. 69) no deja duda de que es a través de una interpretación interesada que se estructuran las “identidades sociales, inscribiéndolas en una continuidad histórica y otorgándoles un sentido, es decir, una significación y una dirección” (ibíd., p. 69).

Pese a que la memoria social suele ser selectiva, distorsionada e imprecisa, su relevancia estriba en que el recuerdo social es determinante en las representaciones de un grupo social. No es la exactitud de la memoria lo que interesa a los grupos, sino su verosimilitud; cuán verdadera puede ser para el individuo la memoria que se trasmite generacionalmente y en este sentido, qué tanto de ella logra identificar a un colectivo. La memoria no es apolítica o aséptica; de hecho, es manipulable y ajustada generacionalmente para coincidir con las justificaciones de la existencia grupal o para ajustarse con las reivindicaciones colectivas. En un mismo tiempo, coexisten memorias diferentes e incluso divergentes incluso estando en el mismo espacio y tiempo. La memoria no remite a un hecho objetivo; el sujeto reconstruye aquella según las interpretaciones de su propia vitalidad.

Ricoeur (2004) ya había presentado esta selectividad de la memoria. Es indiscutible que hay una

relación constante entre los abusos de la memoria y el exceso de olvido y estos tienen tanto una representación fenomenológica como política. Las conmemoraciones del Estado pueden considerarse como abusos de la memoria; el perdón de sus crímenes es a su vez exceso de olvido. La memoria es política no tanto por sus intenciones ideológicas, sino por su propio carácter selectivo. Todo lo que la memoria escoja como recuerdo no es más que una acción creadora de sentido. La memoria social cumple una función importantísima como mecanismo de recuperación del sentido de un suceso y en este proceso hace que un acontecimiento pueda pervivir en mitos o referido a un acontecer legendario de carácter histórico.

Bajo los pasos de la memoria y de la historia se abre el dominio del olvido, dominio dividido contra sí mismo entre la amenaza de la destrucción definitiva de las huellas y la seguridad de la permanencia del recuerdo. En efecto, una problemática común recorre la fenomenología de la memoria, la epistemología de la historia y la hermenéutica de la condición histórica: la representación del pasado. Trasferido de la esfera de la memoria a la de la historia, llega a su cima con la hermenéutica, en la que la representación del pasado aparece expuesta a las amenazas del olvido, pero también confiada a su custodia.

La propuesta de Ricoeur se estructura en torno a dos preguntas: ¿de qué hay recuerdo? y, ¿de quién es la memoria? Por esta razón, inicia su investigación señalando las diversas maneras como se han comprendido el recuerdo y la memoria. En la Antigüedad, la memoria era vista como una región de la imaginación; los modernos, por su parte, para referirse a ella prefirieron metáforas geométricas, como el de la proximidad. Decía Spinoza (2005) que si el cuerpo humano era “[...] afectado una vez por dos o varios cuerpos simultáneamente, en cuanto el alma imagine más tarde uno de los dos, se acordará también de los otros” (p. 82). Este cortocircuito entre imagen y memoria se pone, precisamente, bajo el signo de la asociación de ideas: si estas dos afecciones se unen por contigüidad –proximidad geométrica– evocar la otra es, por tanto, acordarse de ella. En consecuencia, la memoria reducida a la rememoración, opera siguiendo las huellas de la imaginación.

Para Ricoeur (2004) “la memoria es del pasado” –tal como lo decía Aristóteles– y esta idea se convertirá en la premisa que guiará el desarrollo de cualquier entrevista o revisión histórica que involucre la tradición oral. Porque parece que el retorno del recuerdo solo puede hacerse a la manera del devenir-imagen y no hay nada que se presente de manera tan visual como las leyendas, las anécdotas y las historias que nos llegan gracias a la palabra expresada de viva voz. La revisión paralela de la fenomenología del recuerdo y de la imagen encontraría su límite en el proceso de configuración del recuerdo en imágenes; sin embargo, no hay nada mejor que la memoria para garantizar que algo ocurrió antes de que nos formásemos algún recuerdo de ello. La memoria, en este sentido, es caracterizada en seguida como recuerdo, lo que la distingue, precisamente, de la rememoración.

El problema que se plantea por esta imbricación entre la memoria y la imaginación es tan viejo como la filosofía occidental. En relación con ello, la filosofía antigua nos legó dos tipologías: una platónica y otra aristotélica. La primera se refiere a la representación de una cosa ausente y sostiene que la problemática de la imaginación engloba la de la memoria. La segunda, centrada en la representación de una cosa percibida, adquirida o aprendida anteriormente, aboga por la inclusión de la problemática de la imagen en la del recuerdo. Sin embargo –como lo anotaría Platón–, tanto la imagen como la memoria están afectadas de sospecha en su origen debido al entorno filosófico de su estudio. Aquí se plantea el problema del olvido como el responsable de la destrucción de las huellas; por lo tanto, la memoria y la imaginación comparten el mismo destino.

Ricoeur (2004) intenta develar, a través de la historia griega, el papel que han jugado la memoria y la imaginación en la filosofía occidental. En palabras del autor: “[...] no tenemos nada mejor que la memoria para significar que algo tuvo lugar, sucedió, ocurrió antes que declaremos que nos acordamos de ello” (p. 41); aclara que el testimonio se constituye en un puente importante entre la memoria y la historia. Seguidamente, el autor toma la historia y hace énfasis en la necesidad de buscar en el recuerdo una de las finalidades principales del acto de la memoria: luchar contra el olvido, arrancar algunas migajas de recuerdo a la “rapacidad” del tiempo y a la “sepultura” en el olvido. Se sumerge

en un interesante debate que involucra la historia y la memoria y apunta a cuál de las dos prevalece y en este sentido Ricoeur es un conciliador. De allí que el autor haga énfasis en la relación directa de la memoria con el pasado sin restar importancia a los archivos y documentos historiográficos como valiosa fuente de valor referencial.

Pierre Nora (2009) por su parte, reconoce que la memoria está asociada a los individuos y que por ende la identidad misma está vinculada a la existencia de un relato que deberá transformarse en historia (pp. 17, 20). No cabe duda, pues, de que los individuos soportan, con respecto a su memoria, un hecho insalvable: que las colectividades transforman las memorias individuales en historia. Por esta razón, Nora afirma que en algún momento la memoria tiende a reemplazar pura y simplemente el término “historia” y a poner su práctica al servicio de aquella. Así pues, la memoria colectiva cobra una dimensión especial bajo esta perspectiva puesto que devela las verdaderas condiciones de los pueblos y no podrá evitarse que la verdad se busque en la historia. Para Ankersmit, al contrario de la posición conciliadora de Ricoeur, la memoria reemplaza en su labor indagatoria a la historia. (2001, p. 162). Por ello están a favor del rescate de los recuerdos tanto de las personas como de las colectividades y ven en la memoria un mecanismo que registra de forma fidedigna los acontecimientos sociales que las afectan como protagonistas o testigos. En todo caso, cualquiera sea la opción lo que queda claro es que el método biográfico y la tradición oral se pueden convertir en mecanismos adecuados para conocer no solo esos aspectos centrales en la vida de una persona, sino de una sociedad. “La memoria –dice Ricoeur– actúa como una carretera por la que el pensamiento junto al sentimiento va del pasado al futuro y viceversa” (p. 120). Y aunque nuestros recuerdos sean parciales, estén cargados de vacíos de información y en muchas ocasiones sean alterados ora por interés, ora por nuestro mismo afán de recordar con exactitud o porque nuestras mismas experiencias nos obligan a olvidar, no queda duda de que la memoria a lo largo de la historia de vida o mediante la recuperación de la tradición oral es un elemento fundamental para la reescritura de la historia.

Así pues, a pesar de que las experiencias rigurosamente documentadas en las pruebas escritas seguirán ocupando un puesto preponderante en el

método historiográfico y en el trabajo biográfico, no hay que desconocer que la tradición oral puede jugar un papel importante como fuente de valor para la historiografía, pues, como se ha mostrado, ella misma es construcción de la memoria. No se debe vacilar, por consiguiente, en recomendarla especialmente para la historia local y regional, campos en los cuales los hechos y las expresiones tienen mayor resonancia y se guardan en la memoria con mayor cuidado y a veces son relatados en forma reiterada en las tertulias familiares, en la placidez de los parques y cafeterías, en los campos y en las estancias como algo que pertenece a la

historia de todos y que, por consiguiente, es parte de un patrimonio cultural. La memoria social debe ser orientada por el historiador mediante el contraste con otras pruebas en distintas fuentes, con el cuidado y la discreción que la experiencia y el respeto por la investigación suelen aconsejar en estos casos. Aplicar la crítica del testimonio y observar los requisitos que se sugirieron, puede ser una guía en el difícil camino de reconstruir el acontecer para encontrar respuesta a interrogantes que permanentemente nos formulan los retos del presente y las expectativas del porvenir.

## Bibliografía

- ACEVEDO, Álvaro y GONZÁLEZ, Diana Crucelly (2012). Protesta y movilización estudiantil, 1964. Memoria de una marcha en la Universidad Industrial de Santander. En: *Anuario de Historia Social y de la Cultura* 38(2). pp. 255-276.
- ALONSO, Juan Ignacio (2002). *Gramática esencial del español*. Bogotá: Círculo de Lectores.
- ANKERSMIT, Frank R. (2001). *Historical Representation*. Stanford: Stanford University Press.
- ARIES, Philippe (1996). *Ensayos de la memoria, 1943-1983*. Bogotá: Norma.
- CHARTIER, Roger (1999). *Cultura escrita, literatura e historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (1996). *El mundo como representación: historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- DESLAURIERS, Jean-Pierre (2004). *Investigación cualitativa*. Pereira: Papiro.
- ESCOBAR VILLEGAS, Juan Camilo (2000). *Lo Imaginario: entre las ciencias sociales y la historia*. Bogotá: Universidad Eafit.
- FENTRESS, James y WICKHAM, Chris (2003). *Memoria social*. Madrid: Cátedra.
- GADAMER, Hans-Georg. (1998). *Arte y verdad de la palabra*. Barcelona: Paidós.
- HALBWACHS, Maurice (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- HILWAY, Tyrus (1956). *Introduction to Research*. Boston: Houghton.
- LARRAÑAGA, Sancho (2003). *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España: Eln y Eta*. Bucaramanga: UNAB.
- NORA, Pierre. (2009). *Pierre Nora en Les Lieux de memoire*. Santiago de Chile: LOM.
- PERELMAN, Chain (1997). *El imperio retórico*. Bogotá: Norma.
- RICOEUR, Paul (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- RUDÉ, Georges (2001). *El rostro de la multitud: estudios sobre revolución, ideología y protesta popular*. Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente UNED Alzira-Valencia/Fundación Instituto de Historia Social.
- SÁNCHEZ, Gonzalo (2006). *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La Carreta Editores.
- SANTA, Eduardo. “La tradición oral como fuente de la investigación histórica”. En: *Boletín de Historia y Antigüedades*. Vol. 93, No. 833 (2006); pp. 405-420.

- SECO, Rafael (1989). *Manual de gramática española*. Buenos Aires: Aguilar.
- SPINOZA, Baruj. (2005). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Trotta.
- TRAVERSO, Enzo (2007). *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (1984). *Por qué la historia*. Barcelona: Salvat.